

Análisis de lo social en la obra *Los funerales de la Mamá Grande* de Gabriel García Márquez

CRISTHIAN SARANGO JARAMILLO
MARÍA VERÓNICA JARRÍN MACHUCA
VALMIRO RANGEL RANGEL
SERGIO CHACÓN PEÑA
TANIA LE BAUT AYUSO
JULIA MARTÍN HERNÁNDEZ

RESUMEN: En este trabajo se indaga la configuración de la pirámide social propuesta por García Márquez en una de sus narraciones breves más conocidas, el cuento *Los funerales de la Mamá Grande* de 1962. En ella, la muestra de todos los componentes de la sociedad fabulada por el autor es el reflejo de las sociedades latinoamericanas de la primera mitad del siglo XX, con fuertes raíces feudales y con marcados acentos folclóricos y populares. El análisis al cuento está mediado por la idea de que la muestra de dicha sociedad se sostiene en características como: el matriarcado absoluto ejercido por la Mamá Grande, el papel de la religión católica y sus símbolos como asideros de la fe reinante y organizadora de la civilización poscolonial, y la cultura popular como rasgo que complementa las huestes del feudalismo que estratifica y ensambla el entramado general y particular de dicha sociedad.

PALABRAS CLAVE: Los funerales de Mamá Grande; Sociedad; Análisis social; Feudalismo; Matriarcado.

HISTORIAL DEL ARTÍCULO: Recibido: 7-junio-2017 | Aceptado: 28-noviembre-2017

INTRODUCCIÓN

La obra de Gabriel García Márquez es el producto de una estética que claramente se riñe con la oferta realista de la literatura anterior y alguna



Cristhian Sarango Jaramillo (✉)
Universidad Técnica P. de Loja, Ecuador
cgsarango@utpl.edu.ec

ANALYSIS | Vol. 20, Nº 9 (2017), pp. 1-15

DOI: 10.5281/zenodo.1258008

ARTICULO

contemporánea al narrador de Aracataca. Su propuesta es claramente diferente puesto que se basa en la creación de un universo particular en el que prácticamente todo puede suceder. En sus cuentos más tempranos se plantea ya la existencia de un espacio en el que se desarrollan las historias y sus personajes se mueven y evolucionan, en principio denominado simplemente el pueblo, y luego concretado como Macondo.

La geografía de este espacio, un territorio relativamente pequeño, perteneciente a un país que claramente guarda relación con cualquier nación latinoamericana de la primera mitad del siglo XX, es un diáfano reflejo de la edificación topográfica faulkneriana. De la misma manera, la sociedad que habita ese espacio guarda una relación intrínseca con la que puede descubrirse en cualquier país surcontinental porque sus pasiones, sus dinámicas y sus costumbres se universalizan para mostrar la particular mirada que sobre la historia posee el autor colombiano.

Para analizar el trabajo que nos ocupa, recurriremos a uno de los cuentos más conocidos de García Márquez, *Los funerales de Mamá Grande* (1962). En dicho texto se refleja una sociedad feudal con fuertes rasgos coloniales. Además, se mostrarán las principales costumbres populares de la época (primera mitad del siglo XX), así como también, la influencia de la religión católica en los designios de una sociedad matriarcal dominada por la Mamá Grande.

Para llevar a cabo dicho análisis es necesario sentar una base de relación con el concepto de sociedad y de lo que ella deriva en *colombianidad*, por supuesto, ubicada dentro de los límites de la constitución de un universo narrativo que, en ocasiones se equipara con el de la realidad objetiva; García Dussán citando a Maldonado indica que dicha *colombianidad* es «la construcción de una identidad, que no se reduce al presente, sino que se incorpora al pasado y al presente en la búsqueda de futuros» (García Dussán citando a Maldonado 2013, p. 14.). Por su lado, Tönnies (1887) «considera la sociedad, la vida societaria en su conjunto, como un sustituto necesariamente artificial de la naturaleza originaria de la vida comunitaria» (Álvaro 2010, p. 21). Lo anterior propone que la sociedad es un reemplazo innatural, un artefacto creado para sustituir a la comunidad original, a la simple vida en

común, que acarrea una simbolización y una serie de elementos que confluyen en su desarrollo y también en su caída. Esta es la idea que, a nuestro juicio, se ajusta mejor a la pesquisa llevada a cabo sobre la obra de García Márquez, siendo como es, una creación literaria. No es más que un artilugio muy elaborado en las manos del prestidigitador colombiano.

UNA MATRONA ES LA LEY ABSOLUTA

La vinculación entre literatura, historia y periodismo como una forma de reivindicación social está presente en *Los funerales de la Mamá Grande* pues este cuento tiene su antecedente en una crónica que García Márquez escribió en marzo de 1954, para el periódico *El Espectador* de Bogotá, cuando se desempeñaba como reportero en ese diario; la crónica lleva el título de «La Marquesita de la Sierpe». En la siguiente descripción, claramente se nota que este personaje legendario de la región de la Mojana, se convirtió en el referente literario básico de la Mamá Grande:

La Marquesita era una especie de gran mamá de quienes le servían en La Sierpe. Tenía una casa grande y suntuosa en el centro de la que ahora es conocida como La Ciénaga de la Sierpe. «Una casa con corredores y ventanas de hierro» según la describen ahora quienes hablan de aquella extraordinaria mujer, cuyo ganado era tanto, «que duraba pasando más de nueve días». La Marquesita vivía sola en su casa, pero una vez al año hacía un largo viaje por toda la región, visitando a sus protegidos, sanando a los enfermos y resolviendo problemas económicos. La Marquesita podía estar en diferentes lugares a la vez, caminar sobre las aguas y llamar desde su casa a una persona, en cualquier lugar de La Sierpe en que ésta se encontrara. Lo único que no podía hacer era resucitar a los muertos, porque el alma de los muertos no le pertenecía. «La Marquesita tenía pacto con el diablo» explican en La Sierpe [...] La leyenda dice que La Marquesita vivió todo el tiempo que quiso [...] Antes de morir, La Marquesita comunicó a sus servidores preferidos muchos de sus poderes secretos, menos el de la vida eterna. Concentró frente a su casa sus fabulosos rebaños y los hizo girar durante dos días en torno a ella, hasta cuando se formó la ciénaga de La Sierpe [...] Es en el centro de esa ciénaga donde los habitantes de La Sierpe creen que están sepultados el tesoro de La Marquesita y el secreto de la vida eterna (García Márquez 1982, p. 95.)

El poder de la Mamá Grande, la reina absoluta de la esfera pública, se refleja también en la esfera privada de la familia. La protagonista es una gran madre, a quien la naturaleza la dotó con el don de amamantar, aunque paradójicamente nunca tuvo hijos, sino sobrinos. Los nueve sobrinos son los súbditos de la gran matriarca que ha cercado su patrimonio con enlaces endogámicos, incestuosos: «los tíos se casaban con las hijas de las sobrinas, y los primos con las tías, y los hermanos con las cuñadas, hasta formar una maraña de consanguinidad» (García Márquez 2001, p. 46).

En la estrategia garciamarquiana, este es el reflejo de un rasgo típico de la vida objetiva de los habitantes de algunas zonas de la costa caribe colombiana; basta con referir las costumbres guajiras donde los niños pequeños son «hijos» de todos los adultos, todos están a su cargo y todos son familia de una u otra manera. La escritora Laura Restrepo lo ha explotado hábilmente en su novela *Leopardo al sol*.

El universo femenino de la familia está constituido por un grupo de mujeres vestidas de luto cerrado. Entre ellas destaca el personaje de Magdalena, sobrina rebelde que escapa de la esfera de poder de la Mamá Grande al convertirse en religiosa, destino «idéntico al de Meme Buendía, que muere de monja 'en un tenebroso hospital de Cracovia'» (Vargas Llosa 1971, p. 466).

La constitución de la pirámide familiar de la Mamá Grande, se desenvuelve, en un ejercicio descendente a partir de la matrona, con mujeres sometidas y silenciosas y varones que sirven solo para engendrar: los hombres asumen el rol tradicional de «fecundadores de toda una descendencia bastarda» al ejercer el «derecho de pernada» (García Márquez 2001, p. 46) y mantienen a esa descendencia al margen de la familia oficial, bajo el amparo cómplice de la Mamá Grande.

La leyenda alrededor de la Gran madre se creó gracias a una variedad de componentes que se rozan con la mitología monárquica. Su persona, su casa, sus atuendos y joyería, la fe que le profesan los habitantes de Macondo, se apuntalan en su supuesta fortuna, hacienda que sus nueve sobrinos estaban ansiosos por heredar. Sin embargo, la riqueza no era tan grande, y se componía de una «enorme mansión de dos plantas, olorosa a melaza y a

orégano» (García Márquez 2001, p. 46) y de «tres encomiendas adjudicadas por Cédula Real, [...] territorio [...] que abarcaba cinco municipios [que le daban dinero gracias al] cobro de los arrendamientos» (García Márquez 2001, p. 48). La leyenda que se creó a su alrededor venía del interés por su herencia y por eso, «nadie era indiferente a esa muerte». Esto se explica a través de una hipérbole que forma parte de la leyenda:

[...] la aldea se fundó alrededor de su apellido. Nadie conocía el origen, ni los límites ni el valor real del patrimonio, pero todo el mundo se había acostumbrado a creer que la Mamá Grande era dueña de las aguas corrientes y estancadas, llovidas y por llover, y de los caminos vecinales, los postes del telégrafo, los años bisiestos y el calor, que tenía además un derecho heredado sobre vida y haciendas. [Era] La matrona más rica y poderosa del mundo (García Márquez 2001, p. 47).

La enumeración es parte de otra de las estrategias del autor en la que los componentes de la creencia popular se combinan en una mezcla de objetos y fenómenos naturales, propio de la amplia potestad de un ser todopoderoso. La Mamá Grande no solo posee los postes del telégrafo, los caminos vecinales y las haciendas; sino que además ejerce poder sobre la lluvia, las aguas estancadas o no, los años bisiestos, el calor y la vida. En esta imagen se combinan magistralmente los tres elementos que constituyen el análisis propuesto: el matriarcado, la condición de deidad ejercida por la matrona, y que es herencia de la religión católica, y el feudalismo.

A pesar de la leyenda, y de su fama, nadie se preocupó por la Mamá Grande después de muerta, ya que a su familia solo le interesaba su fortuna, y tan pronto como sacaron su cadáver, empezaron a «repartirse la casa». (García Márquez 2001, p. 53). En cuanto al pueblo, «nadie vio [...] ni reparó» en nada. Sin embargo, sí que hubo «algunos de los allí presentes [que] dispusieron de la suficiente clarividencia para comprender que estaban asistiendo al nacimiento de una nueva época» (García Márquez 2001, p. 53).

La muerte le llega a la Mamá Grande como un evento hartamente sabido pero que demanda la mayor precaución y la organización de todos sus negocios terrenales. La herencia que deja se debe distribuir sabiamente, las pertenencias deben quedar en manos conocidas y merecedoras, el universo

debe reordenarse y continuar, igual a un «barajar y repartir de nuevo». La época de la Mamá Grande se cierra como se termina el reinado de una monarca envejecida y de trono vitalicio, una papisa sin hijos y sin haber probado varón.

LA RELIGIÓN: LA GRAN ORGANIZADORA SOCIAL

El tema de la religión como práctica social también aparece en este relato: paradójicamente, a pesar de su tiránico poder, el narrador nos cuenta que la Mamá Grande murió en «olor de santidad» (García Márquez 2001, p. 46), porque el padre Antonio Isabel le da la «extremaunción» y escucha su «confesión» (García Márquez 2001, p. 48). Como se puede ver, se trata de una religiosidad que se presta para la ironía, el sincretismo (como cuando aparecen los escapularios con la efigie de la Mamá Grande) y para el absurdo (como la presencia del Papa en el funeral).

Es una religiosidad que convive con las supersticiones, con lo mítico y lo legendario. Todo lo que rodea a la Mamá Grande es, en cierta medida, leyenda: «la Mamá Grande se esfumaba en su propia leyenda. [...] Y nadie pensaba seriamente en la posibilidad de que la Mamá Grande fuera mortal» (García Márquez 2001, p. 48). Sin embargo, esta mujer de carne y hueso sufre, al igual que el resto de los seres humanos, de «interminables noches de cataplasmas, sinapismos y ventosas, demolida por la delirante agonía» y «agonizaba virgen y sin hijos» (García Márquez 2001, pp. 46–48).

La religión católica fue una de las fuerzas encausadoras de la Conquista y de la Colonia española en América, podría argüirse que fue la bandera que movió los hilos ideológicos de la dominación y sometimiento desde Colón hasta nuestros días. Por lo tanto, es un eje fundamental en la configuración social de Macondo, al mando de la Mamá Grande. Si se asume que la matrona oficia como una especie de poder combinado entre lo feudal y lo religioso, ese espectro resultante es alimentado, sobre todo, por la condición de semi-divinidad que posee la anciana.

Sin la simbología religiosa esto no podría ser parte de la estructura social. La imagen de la Mamá Grande como una enorme amamantadora de niños,

sin haber engendrado, la sitúa en el lugar de la madre santa y virgen, tema recurrente en la divinización de algunas de las mujeres más representativas del dogma cristiano. Inmaculada y espacialmente por encima de la geografía propia de las gentes del pueblo, solo bajaba una vez por año de su pedestal a ponerse en contacto con sus creyentes. Es una deidad que alimenta su condición divina con la muestra irrefutable de su consagración virginal y con su contacto directo con los mortales habitantes de Macondo.

Otra de las estrategias religiosas más representativas es la de conservar la imagen del ser divino en forma de objeto de reverencia. De ahí que la imaginería religiosa sea uno de los puntales de conexión con el creyente. Si la discusión académico-científica en pugna con la religión, apuntó a que no se podía creer en aquello que no se veía, la respuesta de la Iglesia fue crear un rostro para aquellos que ya tenían una vida y una filosofía, pero solo de orden lingüístico y textual. El caso de la Mamá Grande es similar, su imagen aparece en objetos religiosos que las personas compran y conservan como un amuleto de fe. La imagen omnipresente de la matrona la brinda un aura de ubicuidad que sirve perfectamente a sus propósitos de poder absoluto; estrategia asumida por la política con resultados igualmente universalizantes.

La religión como gran ente organizador es altamente efectiva en sus propósitos, porque la fe es una de las pasiones humanas que conservan mayor peso específico a lo largo de la existencia del hombre y que, manejada con la suficiente habilidad, es una fuerte conexión que ensambla las sociedades y las conserva sumisas y dominables. La Mamá Grande es un ente superior que tiene la potestad de quitar y poner autoridades religiosas, subvertir los órdenes propios de los ritos en la iglesia y dejar escapar su alma, no en su último aliento sino con un enorme y sonoro eructo.

No es gratuito, entonces, el viaje hiperbólico y casi inmediato que realiza el Papa para asistir a su funeral, muestra fehaciente del poder hegemónico de la matrona, que con su muerte detiene el andar propio de la historia y de los acontecimientos típicos de la sociedad, tanto que convoca al máximo jerarca de la Iglesia quien parte de sus aposentos en la residencia de Castelgandolfo hasta Macondo.

La Mamá Grande», exclamó el Sumo Pontífice, reconociendo al instante el borroso daguerrotipo que muchos años antes le había sido ofrendado con ocasión de su ascenso a la Silla de San Pedro. «La Mamá Grande», exclamaron a coro en sus habitaciones privadas los miembros del Colegio Cardenalicio, y por tercera vez en veinte siglos hubo una hora de desconciertos, sofoquines y correndillas en el imperio sin límites de la cristiandad, hasta que el Sumo Pontífice estuvo instalado en su larga góndola negra, rumbo a los fantásticos y remotos funerales de la Mamá Grande (García Márquez 2001, p. 51).

Cumplida su misión terrenal, ahora el Papa podría descansar y «subir al Cielo en cuerpo y alma» (García Márquez 2001, p. 53); imagen recurrente en la narrativa garciamarquiana, (recuérdese la ascensión de Remedios, la bella en *Cien años de soledad*) para indicar el paso de un lugar terrenal, concreto, a otro divino, ideal; lejos de las aristas propias del reino de los mortales.

LA CULTURA POPULAR Y EL FEUDALISMO DEL SIGLO XX

El interés por hacer una nueva historia, está presente en obras como *La mala hora* (1962) y *Cien años de Soledad* (1967), en donde el autor desmiente la versión oficial sobre la violencia en Colombia. En *La Mala Hora*, García Márquez, a través de un diálogo entre el administrador de la viuda de Montiel,¹ el señor Carmichael y el peluquero del pueblo, en pocas palabras da una versión alternativa de la que tradicionalmente han transmitido los historiadores, a los que siempre miró con recelo, pues trata de demostrar que la violencia fue una alianza de terratenientes y políticos sin distinciones de color contra los más débiles, con el fin de despojarlos y desplazarlos.²

¹ La viuda de Montiel es una versión disminuida de la Mamá Grande, pues solamente era dueña de tres municipios, lo afirma el Señor Carmichael (versión oficial), pero el peluquero, Guardiola, dice que son diez (versión de los vencidos).

² Hoy con los problemas que está generando el programa de restitución de tierras, sobre todo en la Costa del Caribe, queda demostrado que este ha sido un problema crónico en la historia de Colombia.

La preocupación por reescribir la verdad y usar la literatura para traducir esa realidad se puede ver claramente en el discurso que pronunció García Márquez, en diciembre de 1982, cuando recibió el premio Nobel:

Me atrevo a pensar, que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de las Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza, del cual este colombiano errante y nostálgico no es más que una cifra más señalada por la suerte. Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desaforada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. (García Márquez 1982).

La literatura se convierte entonces en una manera de aprehender la realidad y un espacio para dar una voz a los vencidos, a la gente subordinada al poder, a la gente del pueblo.

En el cuento *Los funerales de la Mamá grande*, García Márquez nos recibe con una larga enumeración en la que nos presenta la variedad de esa gente del pueblo, vecinos de Macondo, gente sencilla que asiste al funeral: «gaiteros de San Jacinto, los contrabandistas de la Guajira, los arroceros del Sinú, las prostitutas de Guacamayal, los hechiceros de la Sierpe y los bananeros de Aracataca» (García Márquez 2001, p. 46), y más adelante menciona a «las lavanderas del San Jorge, los pescadores de perla del Cabo de Vela, los atarrayeros de Ciénega, los camaroneros de Tasajera, los brujos de la Mojana, los salineros de Manaure, los acordeoneros de Valledupar, los chalanes de Ayapel, los papayeros de San Pelayo, los Mamádores de gallo de La Cueva, los improvisadores de las Sabanas de Bolívar, los camajanes de Rebolo, los bogas del Magdalena, los tinterillos de Mompo» (García Márquez 2001, p. 52). Esta enumeración, como maniobra literaria del autor, también nos pone en contexto porque, aunque el marco espacial de la historia es una topología imaginaria y sin límites, es evidente que se trata de Colombia.

En el universo macondiano todo es excesivo, hiperbólico, pero paradójicamente emparentado con su equivalente factual: el padre Antonio Isabel y sus cien años, los diez hombres que habían tenido que cargarlo hasta la habitación de la Mamá Grande, el sobrino titánico, la enorme mansión, los aposentos atiborrados de cachivaches, el patrimonio sin límites, los doscientos metros de esteras sobre los que había caminado la protagonista en su juventud.

Es un mundo de exuberancia que se muestra a través de las descripciones de los olores, colores y sabores que son parte de la tradición culinaria del pueblo, en una muestra irrefutable de la cultura popular: «[...] se ponían ventas de masato, bollos, morcillas, chicharrones, empanadas, butifarras, caribañolas, pandeyuca, almojábanas, buñuelos, arepuelas, hojaldres, longanizas, mondongos, cocadas, guarapo, entre todo género de menudencias, chucherías, baratijas y cacharros» (García Márquez 2001, p. 47).

Pero esta abundancia de productos descritos también refuerza el carácter dadivoso y derrochador del que hacía gala la Mamá Grande en los festejos públicos: «Se ponían damajuanas de aguardiente a disposición del pueblo, se sacrificaban reses en la plaza pública, y una banda de músicos instalada sobre una mesa tocaba sin tregua durante tres días» (García Márquez 2001, p. 47). Desde luego, el pueblo aprovecha eso y busca cualquier excusa para hacer un acontecimiento social de cualquier cosa, incluso de la muerte; siendo este uno de los rasgos más notorios de los lugares que fabula García Márquez, puesto que la costumbre de despedir con fiesta a los muertos es una de los usos que marcan lo social de los pueblos costeros colombianos; incluso hay personas que se especializan en contar chistes en los velorios.³

De hecho, la muerte de la matrona era como una «feria rural» y «en medio de la confusión y la muchedumbre alborotada, se vendían también estampas y escapularios con la imagen de la Mamá Grande» (García Márquez 2001, p. 47). Más que un funeral, la muerte de la matriarca se relata como una especie

³ Al respecto debemos aclarar que esta es una costumbre indígena muy arraigada en las regiones Andinas. Para el efecto véase *El éxodo de Yangana* del escritor ecuatoriano Ángel Felicísimo Rojas.

de circo en el que cada uno aprovecha para sacar lo que puede. El abigarramiento de productos, el exceso en los festejos, el sincretismo místico son los elementos que utiliza el autor para hacer una crítica social de los caciques populares y de los terratenientes que representan el poder económico concentrado en una sola persona. La hegemonía típicamente feudal que ejercía la matrona. Vargas Llosa lo plantea así:

[...] en «Los funerales de la Mamá Grande» el banano y la Compañía extranjera han sido sustituidos por otro hecho histórico característico de la realidad latinoamericana: el feudalismo. Pero en la raíz del relato —la pintura esperpéntica de una matriarca feudal— se encuentran reminiscencias de aquel demonio: el esplendor de la Mamá Grande en Macondo tiene estrechas semejanzas con el de Aracataca durante la fiebre del banano. (Vargas Llosa 1971, p. 137).

Pero la generosidad y el derroche eran solo un asunto público, porque en privado la Mamá Grande, agonizante, en su lecho de muerte se negaba a abrir la mano para que le diesen la extremaunción porque en ella tenía «piedras preciosas» guardadas, y no quería que sus sobrinas se las llevaran como herencia antes de morir (García Márquez 2001, p. 48). Las piedras preciosas que tan ardientemente guardaba en la mano no eran solo un símbolo de riqueza, sino también del poder. El mismo que hacía que los hombres de su familia, como se ha dicho en líneas anteriores, usufructuaran el favor sexual de las habitantes del pueblo según un derecho típicamente feudal.

La práctica del derecho de pernada nos remite a las bases de esta organización socioeconómica medieval impuesta como entramado del poder adquisitivo de los gamonales y dueños de la tierra, que es uno de los temas principales en el cuento; el narrador–cronista lo describe de la siguiente manera:

Todos los años, en vísperas de su onomástico, la Mamá Grande ejercía el único acto de dominio que había impedido el regreso de las tierras al estado: el cobro de los arrendamientos. Sentada en el corredor interior de su casa, ella recibía personalmente el pago del derecho de habitar en sus tierras, como durante más de un siglo lo recibieron sus antepasados de los antepasados de los arrendatarios. Pasados los tres días de la recolección, el patio estaba atiborrado de cerdos, pavos y gallinas, y de los diezmos y

primicias sobre los frutos de la tierra que se depositaban allí en calidad de regalo (García Márquez 2001, p. 49).

Actualmente, el problema del latifundismo en la región caribe colombiana aún tiene remanentes feudales pues existen grandes territorios en su mayoría ociosos y en el mejor de los casos dedicados a la ganadería extensiva, mientras las tierras para el cultivo son escasas; lo que desencadena una gran problemática social que deriva en una lucha de los desposeídos por la tierra que fue de sus antepasados o de ellos mismos, y que cada vez se torna más dramática. Esto demuestra claramente que el arte garciamarquiano sentó sus bases en una realidad de facto visible en su momento y que, lamentablemente, no ha dejado atrás las costumbres de dominación social que les han sido tan fructíferas.

La Mamá Grande personifica al propietario de la tierra, que ejerce un poder absoluto, una dictadura que llegaba tan lejos que, hasta las noches de su cumpleaños, cada año, «aconsejada por su propia inspiración, [...] concertaba los matrimonios del año entrante» (García Márquez 2001, p. 48).

Libre del yugo tras su muerte, el pueblo se sintió aliviado y «el nuevo magistrado de la nación confiaba en que los funerales de la Mamá Grande constituyeran un nuevo ejemplo para el mundo», ya que «el orden social había sido rozado por la muerte» (García Márquez 2001, p. 50). Con el deceso de la matriarca, el mundo podía seguir su curso y avanzar, al igual que muchos países latinoamericanos en aquella época. En particular, Cuba, cuya revolución había derivado en un gobierno socialista tan solo unos pocos años antes de que García Márquez escribiese este relato. La mención al nuevo magistrado es un claro guiño a la esperanza de cambio bajo el régimen de Fidel Castro.

Es notorio además que, para apuntalar la fábula en términos políticos, la historia puede cambiarse a conveniencia, es así como se incluye a la Mamá Grande, una vez muerta, «en la categoría de heroína muerta por la patria en el campo de batalla» (García Márquez 2001, p. 49). A pesar de que murió postrada en su cama, sin poder moverse por su gordura. Esta alteración de la

realidad alimenta la leyenda después de su muerte. Paradójicamente, lo último que hizo fue expeler un «sonoro eructo» (García Márquez 2001, p. 49).

CONCLUSIONES

En el cuento *Los funerales de la Mamá Grande*, publicado en 1962, Gabriel García Márquez, despliega la técnica narrativa que lo ha de identificar durante toda su exuberante producción literaria: la desmesura, el espacio mítico, el lenguaje barroco, manejo del tiempo con *flashbacks*, la soledad del poder y, sobre todo, el realismo mágico.

Este análisis se centró en la representación de lo social en *Los funerales de la Mamá Grande* atendiendo a tres aristas que sobresalen en el universo creado por el autor: el matriarcado absoluto ejercido por la Mamá Grande, el papel de la religión católica y sus símbolos como asideros de la fe reinante y organizadora de la civilización poscolonial, y la cultura popular como rasgo que complementa las huestes del feudalismo que estratifica y ensambla el entramado general y particular de dicha sociedad.

Es notorio como García Márquez articula una historia con bases nacionales, con la idea de una sociedad colombiana que es, por extensión, latinoamericana, desde la perspectiva de un narrador que descrea de la versión oficial y que lo hace desde su postura de cronista. A este se le ve en un taburete recostado a la puerta de la calle, contando la «verídica historia de la Mamá Grande [...] antes de que tengan tiempo de llegar los historiadores» (García Márquez 2001, p. 46). Con esta expresión García Márquez demuestra su inconformidad con la forma en la que se ha contado la historia en Colombia, que no es más que la versión de los vencedores, pues él siempre se quejó de las «versiones oficiales» de la historia de su patria, y siempre trató de develar la «otra versión», la de los vencidos, «para que se lea como una novela» (Samper 1989, s.p.).

Para sintetizar, se puede decir que en el cuento *Los funerales de la Mamá Grande*, como en toda la obra de García Márquez, a partir de elementos de la cotidianidad de Macondo, se postula una identidad social colombiana y latinoamericana, aunque con temas de interés universal. En cada una de las

aristas analizadas existe el reflejo literario de lo que la realidad de facto llevaba a cabo en los procesos históricos, al constituir las leyendas y los mitos que alimentaron el imaginario popular.

La estrategia del autor en dar el lugar de mayor relevancia social a una mujer, plantea una curiosa paradoja cultural, en lo referido al machismo reinante en las latitudes en las que se basa; pero es también una conexión obvia con el universo del dogma religioso cristiano que ha alimentado la fe popular latinoamericana desde la Conquista y la Colonia, hasta nuestros días. Finalmente, el hecho de la presencia de un orden socioeconómico feudal como asidero del control y del poder, no es otra cosa que la demostración de que la historia, de no contarse adecuadamente, tiende a repetirse.

CRISTHIAN SARANGO JARAMILLO
Departamento Ciencias de la Educación
Universidad Técnica Particular de Loja
San Cayetano Alto
Loja, Ecuador
cgsarango@utpl.edu.ec

MARÍA VERÓNICA JARRÍN MACHUCA
Facultad de Comunicación, Lingüística y
Literatura
Pontificia Universidad Católica del
Ecuador
La Floresta
Avenida 12 de Ooctubre 1076, Vicente
Ramón Roca, Quito
Quito, Ecuador
veronicajarrinmachuca@gmail.com

VALMIRO RANGEL RANGEL
Escuela de Pedagogía
Normal Superior Corozal
Corozal, Sucre, Colombia
Barrio 8 de diciembre
Corozal, Colombia
valmirorangel@yahoo.com

SERGIO CHACÓN PEÑA
Departamento de Comunicación y
Lenguaje
Pontificia Universidad Javeriana-Cali
Cuidadela Jardín
Cali, Valle del Cauca, Colombia
sechape@gmail.com

TANIA LE BAUT AYUSO
Department: Moder Foreign Languages
Bedford Modern School (Bedford)
Bedford, Reino Unido
Bedfordshire, Reino Unido
tania.lebaut.ayuso@gmail.com

JULIA MARTÍN HERNÁNDEZ
Facultad de Filología
Universidad de Barcelona
Gran Vía de les Cortes Catalanes
Barcelona, España
julia.mf@gmail.com

Referencias

- Borrero Blanco, Margarita (2010). «El pensamiento mágico en la obra de Gabriel García Márquez». Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- García Dussán, Éder (2015). «Reflejos de la identidad social en la cuentística de Gabriel García Márquez». *Estudios de Literatura Colombiana* 37: pp. 77–100.
- García de la Concha, Víctor (2007). «Gabriel García Márquez, en busca de la verdad poética». En *Cien años de soledad*. Madrid: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española.
- García Márquez, Gabriel (1982). *Nobel Lecture: La soledad de América latina*. Nobelprize.org. Disponible en: http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1982/marquez-lecture-sp.html
- García Márquez, Gabriel (1982). «La Marquesita de la Sierpe». En: *Entre Cachacos, Obra periodística, volumen VIII*. Bogotá: La Oveja Negra.
- García Márquez, Gabriel (2001). *Los Funerales de la Mamá Grande*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- García Márquez, Gabriel (2014) *La mala hora*. Bogotá: PRHG.
- Samper, Ernesto (1989). «Entrevista a Gabriel García Márquez». *Semana* 358: pp. 14–20.
- Vargas Llosa, Mario (1971). *García Márquez: Historia de un deicidio*. Barcelona: Barral Editores.